

# ORA ET LABORA: EL MONACATO BENEDICTINO EN LA ESPAÑA ROMÁNICA DEL CAMINO FRANCÉS.

(Actas do Colóquio Internacional “O ROMÂNICO NO CAMINHO DE SANTIAGO POR RATES”. Porto 2016- pp. 79 – 95)

**José Ramón Soraluce Blond**  
Universidad de A Coruña.

No hay unas directrices arquitectónicas benedictinas concretas, como si ocurre con las obras del Cister, aunque el régimen de vida generó unas dependencias específicas. La casa madre de Cluny con su red de monasterios, introdujo la liturgia latina en la España del siglo XI, instalando en el Camino de Santiago una red de abadías y equipamientos de apoyo a las pequeñas cortes y a los peregrinos. El románico cluniacense incorporó las variantes regionales y estimuló, con finalidad moralizante, la genialidad de canteros y escultores locales. Cualquier peregrino que cruzara los Pirineos debía atravesar una serie de territorios independientes, pequeños reinos, unificados culturalmente por la labor artística y asistencial del “ORA et LABORA”.

En 1055 se celebró el *Concilio de Coyanza* al que asistió toda la nobleza castellana presidida por Fernando I y su esposa Doña Sancha, así como toda la curia hispana con sus obispos y abades. El objeto de dicho concilio era “*para restaurar la cristiandad*”, en palabras del Rey, equiparándose por su importancia a los celebrados en Toledo. Aquí será donde se cambie el rito mozárabe o visigodo en uso desde hacía siglos, por el rito romano instaurado por el Papa Gregorio VII. En el Concilio de Coyanza, impulsado principalmente por el Papa, se ordenó la vida de los clérigos, se marcó el nivel mínimo de conocimientos que había que tener para ser clérigo, la manera de enseñar la doctrina cristiana, y como los monjes de los monasterios debían regirse por la regla benedictina. Los monasterios quedaban bajo jurisdicción episcopal, y se prohibía la potestad de seculares sobre las iglesias propias. Aunque el rey mantenía el derecho de nombrar Obispos.

En España, la regla benedictina cluniacense no se comenzó a aceptar de forma clara y definitiva, hasta la celebración de este Concilio. La introducción de la reforma cluniacense se relaciona con el abad Paterno, con el monasterio de San Juan de la Peña y con el rey Sancho de Navarra. Se extendió después a San Millán de la Cogolla, Oña, Cardeña, Nájera, San Zoilo de Carrión y Sahagún. Con la introducción de los cluniacenses, se puede decir que el protagonismo político y espiritual del monacato hispano se hizo benedictino.

## **SANTA MARIA DE RIPOLL**

Santa María de Ripoll era un monasterio benedictino de origen altomedieval. El Conde de Barcelona Wilfredo el Belloso lo había fundado en 879, consagrándose a la Virgen en 888, para que sirviese de panteón a los condes de Barcelona, Besalú y Cerdeña. En el año 977 el Abad Arnulfo incorporó Ripoll a la reforma cluniacense. La creciente importancia de Ripoll como centro cultural, con biblioteca, scriptorium y escuela monástica, motivó sucesivas ampliaciones del edificio, sustituyéndose la iglesia prerrománica por una obra lombarda en 1032, cuando el obispo Oliba la reconstruyó para convertirla en una de las basílicas más grandes de su tiempo.

Un grave acontecimiento, clave en la historia del conjunto, fue el terremoto del 2 de febrero de 1428, que afectó a la cubierta de madera, que entonces debía cubrir sus tres naves. El Abad Dalmacio construyó entonces las bóvedas góticas, así como la cabecera con su cúpula nervada. Se ha escrito, sin apoyo documental alguno, que la iglesia de Ripoll estaba cubierta desde los tiempos de Oliba con bóvedas de piedra, que en este terremoto se derrumbaron, algo imposible dado que en 1032 no existía en Europa ninguna bóveda de cañón corrido de semejantes dimensiones, con nueve metros de ancho para la nave mayor. La ruina de la techumbre original, permitió construir bóvedas de crucería góticas en las naves y la capilla mayor, a la que se le desmontó la bóveda románica para darle mayor altura.

Distintos avatares durante las guerras carlistas, el terremoto de 1830, un asalto incendiario en 1835 y la exclaustación definitiva, provocaron la ruina total de Ripoll, durante el siglo XIX. Del templo original sólo quedaban en pie restos de los muros exteriores, una

torre desfigurada en la fachada, los 7 ábsides alineados de la cabecera y, sobre todo, la portada, una de las más monumentales del Románico español, aunque tenga una composición propia de Italia, con siete frisos donde se desarrollan los ciclos evangélicos rematados por un Pantocrátor con el Tetramorfos. La puerta está formada por arcos de medio punto, columnas y arquivoltas que también contribuyen con sus esculturas al mensaje apocalíptico.

El restaurador de Ripoll fue el arquitecto Elias Rogent, un enamorado de la arquitectura medieval, prototipo del arquitecto romántico. Existen unos primeros proyectos en 1865 de Rogent para Ripoll, fruto de un encargo que no llegó a ejecutarse (1). Será más de veinte años después cuando vuelva a ponerse al frente de las obras, a las que pretendía aportar un criterio arqueológico en su intervención. Rogent justificaba su proyecto con la búsqueda de las “*fuentes*” en los edificios del primer Románico catalán, donde esperaba encontrar las respuestas a todo lo que le faltaba a Ripoll, para poder reconstruirla. Esta búsqueda reflejada en la obra, dio como resultado la creación no de un catálogo del Románico catalán, sino de un Neorrománico pirenaico y ecléctico.(2).

Algunas fuentes siguen afirmando que los monjes, reconstruyeron las bóvedas caídas en 1830, cuando regresaron al monasterio, tras la exclaustación de 1822, algo imposible dado el coste y el esfuerzo de tanta obra que, como mucho, afectaría al crucero. También se cree, sin fundamento alguno, que en aquel momento se redujeron las naves de cinco a tres. En la búsqueda del estado original contamos, además de excelentes dibujos y fotografías de las ruinas, con planos y proyectos del arquitecto provincial Martín Sureda, que en 1880 dejó perfectamente grafiado el estado del edificio por encargo de la Comisión Provincial de Monumentos de Girona, realizando un estudio de reconstrucción mucho más coherente con la realidad histórica del edificio, que la solución definitiva de Rogent. Sureda no levantaba ningún cimborrio, del que no existía constancia alguna, mantenía las tres naves y recomponía exteriormente el lenguaje decorativo lombardo. En los planos de Sureda y en imágenes de la época se aprecian también las construcciones que tenía adosadas el ábside central. Rogent, que ya había incorporado un cimborrio a su proyecto de 1865, lo italianizó mucho más en la solución final.

El paso de tres a cinco naves, sólo aparece en el proyecto de Rogent, sin contar con datos incuestionables de que alguna vez las

tuviera el templo románico. La construcción de la bóveda rebajada de la nave mayor, ocasionaría tales empujes que estructuralmente justifican el escalonamiento de las bóvedas laterales, con una extraña solución de semicañón para las naves intermedias. La hilera de columnas que separan las naves laterales, con una escala desproporcionada, precisan de pilares macizos intermedios, a los que se añaden arbitrariamente arcos lombardos y contrafuertes colgados. Las torres también fueron resueltas con extraños remates. Todo el sistema decorativo y estructural interior es una invención de Rogent, difícil de justificar, o de encontrar en el auténtico Románico de la región como fuente de inspiración. No hay atisbo alguno de reconstrucción "*arqueológica*" ni de una pretendida austeridad vernácula, que se ha tratado de relacionar con Sant Llorenç de Munt. Rogent justificaba la arquería mixta de las naves por haber encontrado "*fundamentos de las arcadas y restos de capiteles*" entre las ruinas (3). El obispo de Vic, Josép Morgades fue el impulsor de la restauración de Ripoll en 1887, contando con el apoyo popular mediante suscripciones, que dieron a la empresa un carácter nacionalista, con una fuerte carga ideológica. La consagración se celebró el 10 de julio de 1893.

El claustro es una obra iniciada como románica en el siglo XII por la galería del muro lateral del templo. Dos siglos después se levantó el cuerpo alto, en cuyos capiteles se aprecia ya la talla gótica. Las tres galerías restantes se hicieron a finales del siglo XIV, terminándose la galería baja en 1401. En pleno siglo XVI se construyó el resto de la galería superior. Por tanto, sólo es auténticamente románico uno de los tramos de la galería baja, el resto repite formas tardías, fuera de contexto histórico. Elías Rogent encontró arruinada la crujía oriental, debiendo rehacerla, tallando de nuevo columnas y capiteles. La declaración de Monumento Nacional se produjo en 1931 durante la Segunda República. En 1936 el monasterio y el templo de Ripoll fueron profanados, saqueándose los sepulcros reales y destruyendo el baldaquino modernista que había realizado, unos años antes, Joan Llimona y Bruguera.

A finales del siglo XX, la portada románica de Ripoll daba serias muestras de deterioro, que obligaron a estudiar el proceso de degradación de sus sillares por especialistas de la Universidad de Barcelona, que en lugar de actuar sobre el monumento propusieron medidas protectoras, como el aislamiento acristalado del porche y el control de la humedad en el recinto.

## **SAN JUAN DE LA PEÑA**

Debido a la invasión musulmana una serie de ermitaños se retiraron a este rincón del Pirineo aragonés, San Juan de la Peña, y crearon un foco de vida eremítica. Su aislamiento otorgó al monasterio un carácter legendario durante la Edad Media que lo relacionaba incluso con el Santo Grial. Fue panteón real de Aragón hasta el siglo XII, desde que en 1071 Sancho Ramírez, segundo rey de Aragón, depositó allí los restos de sus familiares, comenzando la construcción de una iglesia alta en estilo Románico, elevada sobre el primitivo templo eremítico. El templo pertenece al reinado de Pedro I en 1094, luego, en el siglo XII, se alargó la nave de la iglesia iniciándose dos alas del claustro. San Juan de la Peña, tiene dos plantas pertenecientes a distintos periodos constructivos, la superior con el claustro y el templo románico del siglo XI, y la planta inferior con la sala de los concilios y la primitiva iglesia mozárabe, con la cabecera excavada en la roca del siglo X.

Durante los siglos XII y XIII el monasterio sufrió una cierta decadencia a causa de los múltiples pleitos contra los arzobispados vecinos que fueron mermando su patrimonio. En 1245, finalmente, el abad Iñigo consiguió acuerdos que le proporcionaron un largo período de paz. San Juan de la Peña, fue destruido por sendos incendios en 1494 y 1675, este último dejó el monasterio en estado de ruina, siendo abandonado por la comunidad benedictina. Los monjes se trasladaron entonces a un nuevo monasterio alejado de aquel agreste emplazamiento. Este monasterio nuevo fue a su vez destruido durante la Guerra de la Independencia por las tropas francesas (4).

El claustro románico del monasterio San Juan de la Peña, se encontraba integrado en la compacta construcción que desde el periodo prerrománico se había instalado en una gigantesca oquedad de la montaña. La hermética construcción, carente de huecos significativos y con escasas aberturas de iluminación hacia el valle, en tan escabroso y apartado paraje, convertían a San Juan en un centro aislado y silencioso, donde la distracción del paisaje o sus vistas no fuera un obstáculo para la vida recogida de la comunidad. Sin embargo, tras las restauraciones e intervenciones que ha tenido el monasterio en los últimos siglos, San Juan de la Peña es un lugar pintoresco abierto a la contemplación de sus

vistas, convertido en un mirador privilegiado, totalmente ajeno al primitivo aislamiento monástico.

El claustro está cubierto solamente por la desnuda roca del monte Pano. Tiene forma rectangular y se han perdido varios de sus arcos y capiteles, estando algunos bastante deteriorados. Todos ellos se encuentran elevados sobre un podio corrido en el que se alternan columnas de fustes simples, dobles o cuádruples, decoradas en su parte superior por un taqueado jaqués. En los capiteles se han logrado rastrear dos escuelas totalmente distintas, una de estilo “*Languedoc*” con temática vegetal y animal y otra, la escuela del llamado Maestro de San Juan de la Peña, cuya iconografía recorre desde el Génesis a la vida de Cristo, con una técnica sorprendente de fuerte expresionismo.

La desamortización dejó en 1836 al ya abandonado monasterio, expuesto al saqueo, la destrucción y la ruina. En el siglo XIX, los arquitectos restauradores habían extendido la práctica de desmontar y reconstruir edificios históricos afectados por problemas estructurales o ruinas avanzadas, rehaciendo completamente la obra, a la que reponían o sustituían nuevas piezas para conseguir su “*pristinización*”. Este tipo de intervenciones ya tuvo fuerte contestación entre profesionales de la restauración en su tiempo, por sus radicales planteamientos. El monasterio de San Juan de la Peña, tuvo una de estas intervenciones, que afectaron seriamente al templo, al monasterio y al claustro. El conjunto monástico de habitaciones y dependencias era un cuerpo arquitectónico de tres pisos, que, tras la restauración, quedó rebajado a uno sólo. El templo, además de sustituirse la cubierta, se le abrió el ventanal de los pies de la nave y se instalaron otras tres ventanas superiores de grandes dimensiones, que nunca había tenido.

El claustro se vio liberado del muro que lo aislaba de las vistas exteriores, reduciéndolo hasta un simple antepecho para convertirlo en un pintoresco mirador. Las arquerías, que al carecer de cubierta estaban colocadas como meros elementos de señalización procesional y circuito de meditación, fueron restauradas, como las columnas y los arcos, de forma tal que una personalidad indiscutible de la restauración española como fue Leopoldo Torres Balbás, la criticó duramente en un artículo sobre el patrimonio de Aragón, en la revista “*Arquitectura*” de 1926. Aunque han sido reproducidos en otras publicaciones merece la pena conocer sus comentarios;

*“...muchos sillares labráronse de nuevo o se sustituyeron por otros; bastantes fustes son también modernos y sufrieron un raspado que les hizo perder su entonación secular. Las basas, desgastadas y viejas, aparecen hoy con sus molduras perfectas y sus aristas vivas, como recién torneadas. Los arcos, de dovelas desiguales, un poco deformadas, como fatigados de tan continuado esfuerzo, dibujan hoy día semicírculos perfectos. En resumen, el viejo claustro, pintoresco y gastado por su larga existencia, aparece hoy renovado: perfectamente “a plomo” sus columnas, con sus líneas horizontales y verticales impecables como acabadas de trazar, y casi todas sus piedras de color claro, recién sacadas de la cantera.” (5).* Tenía razón este autor de lo innecesario que era modificar unos elementos auténticos conservados desde la Edad Media, que no soportaban ningún peso, ni corrían peligro alguno. Con sólo haber consolidado alguna pieza inestable o haber reparado puntualmente algún daño habría sido suficiente, sin necesidad alguna de rehacerlo completamente, excesos de intervención dañinos para el patrimonio y desgraciadamente irreversibles.

## **SAN SALVADOR DE LEYRE**

Al pie de la sierra de Leyre se alza el monasterio de San Salvador, mencionado ya en el 848, con una historia estrechamente ligada al reino de Navarra. Las descripciones del conjunto construido antes de la obra románica, lo identifican como una fortificación erigida sobre las ruinas de otro cenobio anterior. Allí se refugiaron los reyes y obispos de Pamplona durante la dominación musulmana, siendo destruido por Almanzor. El rey Sancho García lo reconstruyó en estilo Románico a partir de 1022, siendo donado posteriormente a la orden cluniacense, hasta que en el siglo XIV lo ocuparon los cistercienses, para quedar deshabitado tras la desamortización de 1835 y pasar, en 1954, de nuevo, a los benedictinos. La iglesia monacal de San Salvador es la construcción fundamental del monasterio, con una estructura realizada en dos fases, la triple cabecera románica con dos tramos de naves y, a continuación, una nave única a los pies, construida en época gótica. En el siglo XVI, entre 1562 y 1640, se produjo la práctica reconstrucción del monasterio con un edificio de estructura aragonesa, rematado con una galería bajo el alero.

El exterior de los tres ábsides semicirculares del templo es de igual altura, elevados sobre una cripta que ocupa todo el espacio de la cabecera románica. La cripta se plantea también como un edificio basilical de tres ábsides y tres naves, con el espacio central subdividido en otras dos pequeñas naves por toscas columnas de fustes muy cortos, rematados por unos enormes capiteles de forma tronco-piramidal invertida que están decorados con temas vegetales y geométricos tallados con gran primitivismo, muestra de la impericia de artistas locales en los umbrales del Románico. Toda esta compleja estructura se cubre con bóvedas de cañón apoyadas en arcos de medio punto doblados y de acusado peralte. El volumen exterior del templo explica con precisión estas fases en su construcción.

La antigüedad y prestigio real que siempre tuvo Leyre le proporcionó un poderoso y saneado patrimonio de inmuebles, bienes rústicos, diezmos, censos redimibles y solvencia económica. Motivos suficientes para que las desamortizaciones del siglo XIX se cebaran con él. Primero fue José Bonaparte quien suprimió el monasterio en 1809, en una primera desamortización de propiedades religiosas. Se hizo un inventario de sus bienes, donde se especificaban las reliquias y los restos de los Reyes de Navarra que descansaban en el panteón real. Contaba entonces su biblioteca con 2.397 volúmenes, que luego fue dispersada y expoliada. Pero no llegó a venderse ninguna propiedad y con el regreso de Fernando VII se restauró la vida monástica. En 1820, durante el Trienio Liberal, se produjo una nueva expulsión de los monjes tras la supresión de las órdenes religiosas, aunque de nuevo quedó todo en suspenso con la vuelta del absolutismo, tres años más tarde.

La desamortización de Mendizábal, decretada en marzo de 1836, fue definitiva para el fin de la historia monacal de Leyre. La comunidad se disolvió, tasándose y vendiéndose sus bienes entre 1839 y 1867, todos excepto el edificio monacal, que no interesó a nadie. Compraron sus tierras la familia Octavio de Toledo, los Oyaga de Liédma y los Pérez de Obanos. Entre los beneficiados con la venta de estas propiedades se encontraba el Diputado en Cortes Los Arcos. La sillería del coro y los retablos aún seguían en el templo en 1845 cuando se creó la comisión Provincial de Monumentos de Navarra, mientras otros muebles y objetos pasaron a parroquias vecinas. La Comisión informó entonces sobre el estado del monasterio, en estos términos; *“Los tres monasterios*



*(Leyre, Irache y La Oliva) se encuentran en el último estado de deterioro, a causa de haber servido, durante la última época, de asilo a las tropas carlistas... En Leire la necesidad más urgente del momento es la de componer los tejados para que las aguas no acaben de destruirlo.”* (6). En aquella época, un vecino agricultor había ocupado ilegalmente las abandonadas instalaciones con una explotación ganadera.

En 1863 se trasladaron los restos de los Reyes de Navarra a la parroquia de Yesa. Pese al interés de la Comisión de Monumentos en su protección, el Estado adjudicó el monasterio en pública subasta en 1867 al pamplonés Pedro García de Goyena. La rápida reacción de la Academia de San Fernando demandada desde Navarra, permitió anular la venta y declararlo Monumento Nacional ese mismo año. La Comisión de Monumentos tuvo que hacerse cargo de la conservación del conjunto, con la inestimable colaboración personal de H. Oyaga vicario de Yesa. Se iniciaron pequeñas intervenciones entre 1874 y 1882, como la reparación de los tejados.

Hasta 1882 no se tomó interés el Estado en la restauración y conservación del monasterio de Leyre, designando para ello al arquitecto Ramiro Amador de los Ríos, al que ayudaría en adelante el arquitecto Ansoleaga, miembro de la Comisión de Monumentos. Las reformas administrativas cambiaron el organigrama en 1889, nombrándose arquitecto para Navarra a Ángel Goicoechea, con lo que se creó un auténtico conflicto de competencias. Amador realizó un completo proyecto de restauración que finalmente se acometió, bajo la dirección de Máximo Goizueta entre 1891 y 1897 (7). Años después, iniciado el nuevo siglo, continuaron las restauraciones, parciales con escasos fondos. Entre las obras realizadas se encuentra la liberación de construcciones que rodeaban la cabecera, dejando a la vista y restaurado el muro exterior de los tres ábsides.

Tras la Guerra Civil, volvió a habitar Leyre una comunidad benedictina en 1954, dando un destino a las instalaciones que permitiría su mejor conservación. La Institución Príncipe de Viana se convirtió entonces en la nueva protectora e impulsora de la recuperación del monumento. La idea de reconstruir Leyre, con su antigua vida monástica y cultural, fue promovida por el Conde de Rodezno que presidía la Diputación y Mons. Marcelino Olaechea obispo de Pamplona. Por acuerdo de 2 de noviembre de 1945, la

Diputación Foral aprobó un proyecto de obras a realizar, presentado por la institución Príncipe de Viana y elaborado por el arquitecto don José Yarnoz (8). Una de las intervenciones de Yarnoz consistió en rebajar el suelo de la cripta románica, que estaba recrecido por acumulación de escombros. Nueve años después el 10 de noviembre de 1954, volvían a Leyre los monjes benedictinos, procedentes de la abadía de Silos y el 6 de noviembre de 1961 la Santa Sede restituyó a Leyre su viejo título de Abadía. Durante la segunda mitad del siglo XX diferentes obras de restauración, bajo la dirección de Francisco Iñiguez le devolvieron el valor monumental (9). Hoy en día, el monasterio viejo es hotel, el monasterio nuevo lo habita una comunidad monástica y la Iglesia y la cripta están abiertas al público.

## **SANTO DOMINGO DE SILOS**

Un documento discutible del año 919, atribuye al conde castellano Fernán González la fundación del monasterio de San Sebastián de Silos, aunque dicho acontecimiento se ha retrasado por los historiadores al año 954. También se duda que el templo prerrománico excavado sea de esa fecha, en su lugar se ha propuesto la solución de un templo fundacional de una sola nave con ábside. El templo prerrománico soterrado bajo la iglesia del monasterio, formado por tres naves y tres ábsides de herradura con cubiertas de madera, sería una construcción del tiempo en que santo Domingo fue abad de Silos hacia el año 1056, siguiendo el modelo de San Millán de la Cogolla, afectado por los daños sufridos en una razia musulmana, mientras que a finales del siglo XI se inició la transformación románica de templo y monasterio tras el fallecimiento y santificación de su abad, en que se cambió la advocación del monasterio de San Sebastián por Santo Domingo, durante el reinado de Alfonso VI.

La iglesia románica, formada por ampliación del templo anterior de trazado mozárabe, con el alargamiento de las naves, la elevación de un crucero tras los ábsides prerrománicos y la construcción de tres nuevos ábsides románicos, se consagró en 1088. También se inició entonces la construcción del claustro. En el siglo XII se ampliaron los brazos del crucero de la iglesia románica, con pequeños absidiolos. Como el crucero y los ábsides se levantaron sobre los ábsides prerrománicos, el templo quedó dividido en dos

niveles, llamándose a las naves iglesia baja y al crucero iglesia y coro altos.

Inicialmente el claustro debería tener sólo una planta, con galerías de catorce arcadas, rematados en gruesos machones de esquina, con un pilar de cuatro columnas en el centro de cada panda. Se inició por la crujía norte adosada al muro del templo. Una lápida colocada en la puerta de San Martín de acceso a la iglesia, data su fundación en 1088. Esta obra debió ser reformada, cambiando algunos elementos hacia 1110. Se construyen entonces las galerías oeste y sur, ya para acoger dos pisos, obras que todavía continuaban en 1158. A esto hay que añadir la nueva construcción de las dependencias monásticas que llevaba adosado, como la Sala Capitular en la galería este, el refectorio en la galería sur, la cilla en la galería oeste, mientras la hospedería y el scriptorium debieron estar en el piso superior. Los dos pisos se cubrieron con techumbres de madera, el inferior con alfarjes de artesonado mudéjar en 1384, tras un incendio. En el centro de la arquería oeste el pilar de cuatro fustes tiene una singular forma enroscada. El cuerpo románico conservado del monasterio, ha sido objeto de excavaciones arqueológicas en los años 1929 y 1934, donde se han encontrado capiteles y restos de la primera fase del claustro, luego agrandado. El claustro de Silos, ha sido sobradamente estudiado, con sus fases constructivas y los diferentes maestros, como uno de los mejores exponentes de la escultura románica europea.

En los siglos XVI y XVII se acometieron obras de reforma, debidas a problemas estructurales en el templo, construido por partes. La vida de Silos debió cambiar a partir de 1512 en que el monasterio se incorpora a la congregación benedictina de San Benito el Real de Valladolid, como los demás monasterios castellanos de la orden, produciéndose una reforma general de sus dependencias durante los siglos siguientes, remodelando la fábrica medieval de la se salvó el coro pero no así la iglesia, que sería derribada en 1751 para construir el nuevo templo clasicista proyectado por Ventura Rodríguez. También en ese siglo (1729) se construirá un segundo claustro el de San José, acabado hacia 1739 con la monumental escalera de los leones.

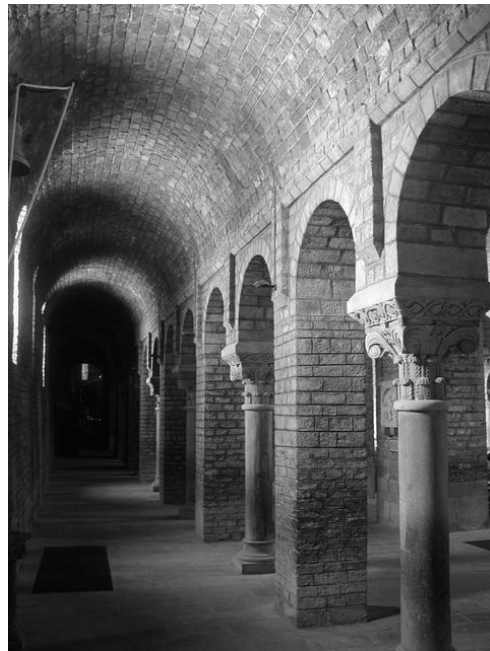
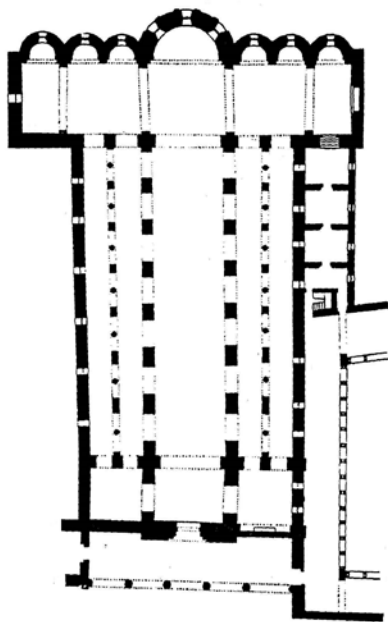
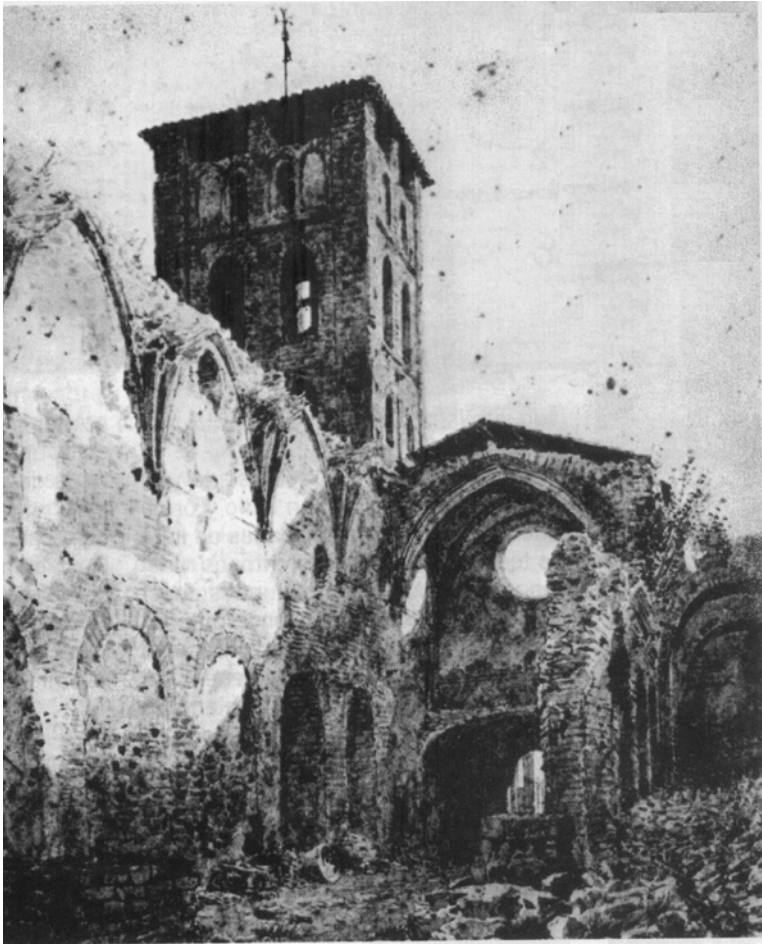
En el siglo XIX, Silos atravesó diversos avatares, como la ocupación y el saqueo francés de 1808, una primera exclaustración entre 1820 y 1823, La desamortización entre 1835 y 1880 en que

desapareció gran parte de su biblioteca, cuadros y objetos litúrgicos de orfebrería.

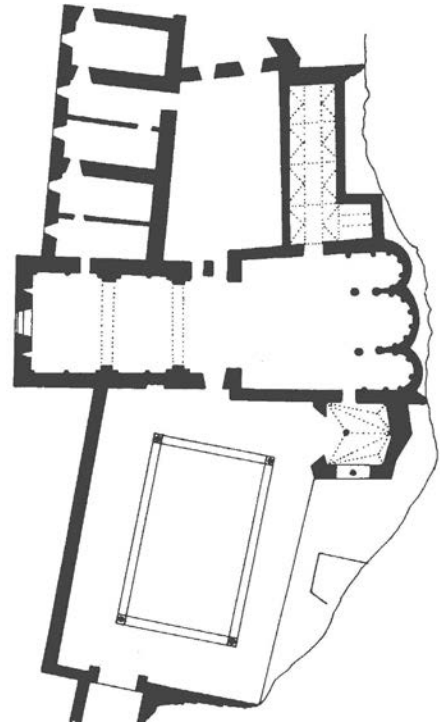
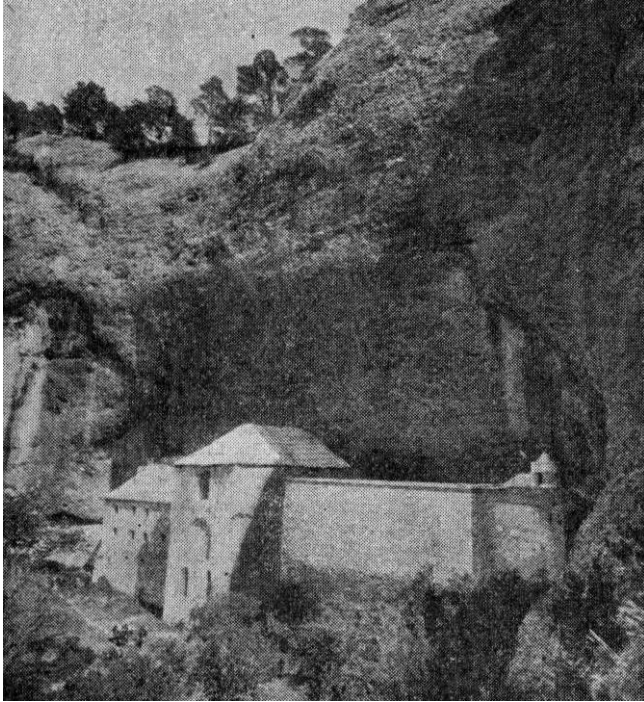
La restauración de la vida monástica se produjo el 2 de septiembre de 1882, con el regreso de los monjes, que iniciaron diversas obras de reforma y restauración de las estancias y del claustro. Se encargaron de las obras el monje Julio María Mellet y el ingeniero de caminos Eduardo Lostau, que entre 1888 y 1889 restauraron las cubiertas de madera, reponiendo de nuevo los artesonados mudéjares y aplomando las crujías afectadas por el derrumbe de los techos. Las arcadas de la sala capitular, que habían sido tapiadas en 1732 al convertirla en capilla, se abrieron en 1945 devolviéndose a la estancia su forma original, bajo la dirección del arquitecto Francisco Íñiguez Almech que repuso también el solado del claustro (10). En esta restauración se eliminó el antepecho que recorría las galerías alta y baja, reponiendo algunos fustes muy deteriorados. El aspecto definitivo del claustro restaurado se consiguió con las intervenciones de 1953 a 1958, eliminando contrafuertes que existían en el centro de las galerías norte y este (11). Un grave incendio fortuito del monasterio en 1970 no llegó a afectar a la obra románica, siendo restaurado por Alberto García Gil.

#### NOTAS:

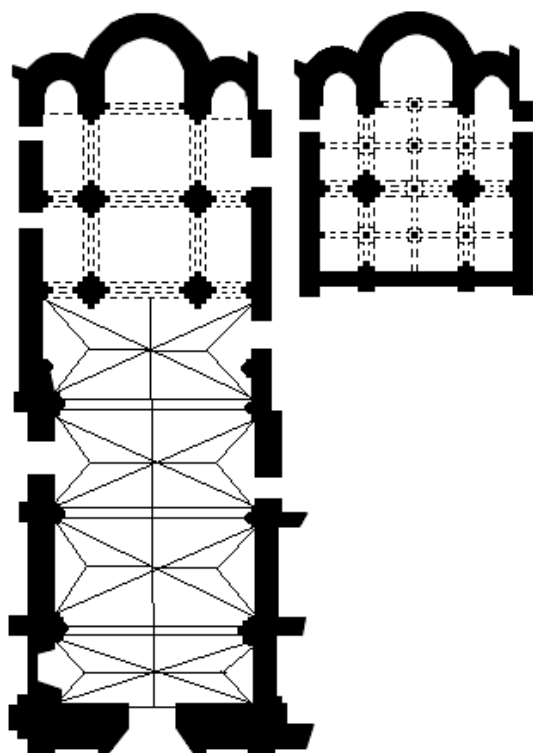
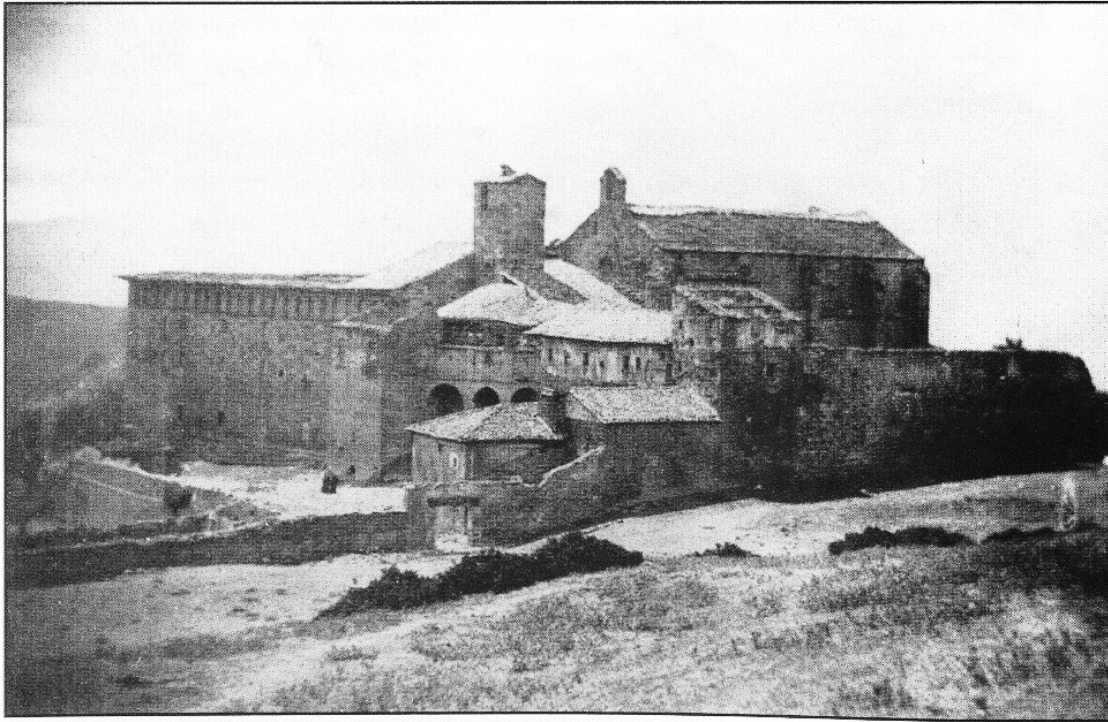
- 1.- CALAMA, J.M. y GRACIANI, Amparo, La restauración decimonónica en España. Pág. 97. Sevilla 1998.
- 2.- NAVASCUÉS, Pedro, "La restauración monumental como proceso histórico: El caso español" en, Curso de Mecánica y Tecnología de los Edificios Antiguos. Pág. 307, Madrid 1987.
- 3.- GONZÁLEZ VARAS, Ignacio, Restauración Monumental en España durante el siglo XIX. Pág. 176, Valladolid 1996.
- 4.- DURAN GUDIOL, A., San Juan de la Peña. Pág. 2, Zaragoza 1977.
- 5.- TORRES BALBÁS, L., "La restauración del claustro de San Juan de la Peña" en Arquitectura. Año VIII, Nº 88. Págs. 303 y sig., Madrid 1926.
- 6.- QUINTANILLA MARTÍNEZ, Emilio, La Comisión de Monumentos Historicos y Artísticos de Navarra. Pág. 76, Pamplona 1995.
- 7.- Las intervenciones de Amador de los Ríos y M. Gizueta están recogidas por: MORA ALONSO, Susana, "La restauración Arquitectónica en España (1840 – 1936)" en Teoría e Historia de la Rehabilitación. Pág. 62, Madrid 1999.
- 8.- PASCUAL, Augusto, Leyre: Restauración y primeros 25 años. Pág. 53, Leyre 2005.
- 9.- ÍÑIGUEZ, Francisco, El monasterio de San Salvador de Leire (Navarra). Institución Príncipe de Viana, Pamplona 1966.
- 10.- VV.AA. Veinte años de Restauración Monumental en España. Catálogo de Exposición. Págs. 108 - 109, Madrid 1958.
- 11.- PALOMERO, F. y otros, Silos: Un recorrido por su proceso de construcción. Pág. 119, Burgos 1999.



- 1.- Ruinas del monasterio de Ripoll en 1881
- 2.- Planta del templo de Ripoll tras la restauración del siglo XIX
- 3.- Naves neorrománicas de Ripoll, por Elías Rogent.

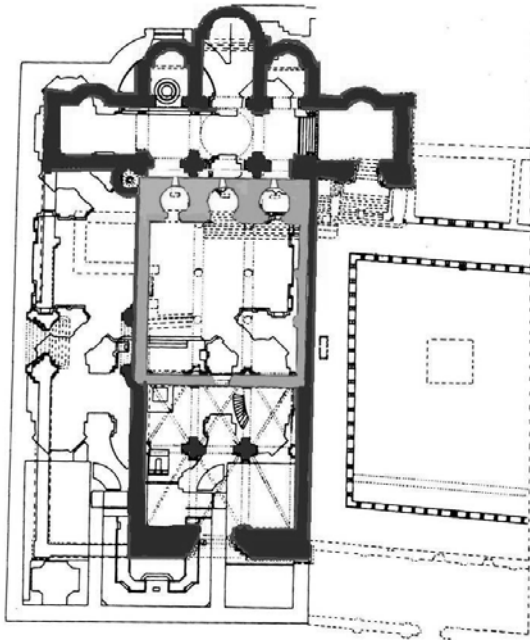


- 4.- San Juan de la Peña en 1900, como obra hermética
- 5.- Planta del monasterio de San Juan de la Peña
- 6.- Claustro restaurado de San Juan de la Peña



- 7.- Ruinas del Monasterio de Leyre en 1885
- 8.- Plantas de la nave y cripta del templo de Leyre
- 9.- Orígenes del románico en la cripta de Leyre





- 10.- Claustro de Silos en 1900, sin restaurar
- 11.- Plantas de los distintos templos de Silos, con el claustro adosado
- 12.- Capiteles gemelos del claustro de Silos